

**CARLOS
ILLESCAS**

NADIE SE AHOGA DOS VECES EN EL MISMO RIO

"Saber de una premisa el lunes y de otra el martes viene a ser un saber inútil para el miércoles."

La organización del pensamiento
Alfred North Whitehead

A Héctor Nery Castañeda

A usted podría ocurrirle una contingencia parecida el día menos esperado de un otoño sinuosamente benigno. Créalo y escúcheme. Para empezar imagínese empeñado en atrapar un pez en las aguas de un río. No una trucha a fuerza; ésta sobre ser evasiva impone el *liberfraumilch* bien fresco y la música delicadamente imperfecta de Franz Schubert.

El tiempo pasa en vano. Pero cuando se dispone a marcharse con el fracaso por única compañía, algo pica el anzuelo. La decepción adopta ahora la forma de un chocante trueque: en lugar del esperado pez cobra un indeseado zapato. Las cosas no paran sin embargo en la peatona sorpresa, porque al segundo zapato siguen en procesión imbécil una camisa, un pantalón, un sombrero, unos calzoncillos, un saco, prendas que acumula en la ribera. Cuando cesa de capturar más objetos similares, se afirma en la conclusión de que yace un cadáver humano en el río.

Frente a la patética evidencia lo mejor sería que huyese de allí, pero no abandona el teatro de los hechos. Sobre todo lo picará el gusanillo de la curiosidad y por dicho pecado hasta ahora venial se quitará la ropa y se sumergirá en las aguas con el ánimo de rescatar al ahogado. Lo hace. Lo tiende sobre la gramilla. Se percata de que la descomposición toca ya con tonos verdes al desdichado. Lo invade el desasosiego al verse en los ojos del muerto; no se reconoce en virtud de la inesperada transformación de su rostro, ahora sin posibilidad de aspirar a la hermosura; pero se sobrecogerá más al atestiguar el hilillo de cualquier líquido secreto proveniente de la nariz.

Optimista estimará sin embargo que todo marcha bien dentro de lo irregular, marco a las circunstancias. Y como una de las obras de misericordia prescribe vestir al desnudo, viste el cadáver; al paso piensa en acudir *ipso facto* a las autoridades a imponerlas del hallazgo. Debido a la circunstancia que prevé en usted la cautela engarzada en los reflejos condicionados, la palabra *policiá* modulada por sus ateridos labios le hace dar un salto muy explicable.

De inmediato formulará estas cuatro cuestiones lógicas:

Primero: Hallo el cadáver de un desconocido.

Evidente. En mí y en otro.

Segundo: Murió por accidente o crimen.

Evidente. En mí y en otro.

Tercero: Si murió por accidente, estoy libre de sospechas.

Evidente. En mí.

Cuarto: Si murió por maquinación criminal, resulto sospechoso.

Evidente. En otro.

Las cosas corren así. En la primera y segunda cuestiones la evidencia es absoluta. Esto es, *lo en mí* (lo subjetivo) y *lo en otro* (lo objetivo) no se contradicen y establecen *lo evidente*. Pero la tercera se atiende sólo a los subjetivos, constituyendo por esta vía lo evidente a medias lo que no puede ocurrir en la universalidad del término; por lo tanto el hallazgo de lo evidente implica el despejamiento de una incógnita irreductible en la tercera cuestión, la que debe resolverse en la cuarta, ya que en ella persiste la subjetividad en *lo otro*, es decir la antinomia irresoluble, la que a la larga le será perjudicial, sobre todo precaviendo el hecho de que las leyes jurídicas son subjetivas pero se realizan en la objetividad.

Si continúa la lectura, al final verificará el resultado real, premio a su tesón investigador.

Prosigo. Satisfecho de su habilidad especulativa terminará de ponerse la última prenda de vestir. Y sin remordimiento se ocupará en seguida en echar al incógnito a la corriente. Toma sus pertenencias. Antes de marcharse lanza un amplio vistazo al contorno a fin de comprobar que nadie ha visto sus maniobras, no tan empeñosas como ridículas. Así lo piensa.

Inicia el recorrido de regreso siguiendo veredas disimuladas a medias por arbustos frondosos. Mientras camina el sol declinará y sus endebles resplandores unidos al rumor de las aguas le harán silbar la música que escuchó en el pasado en un gramófono de agonizante afonía, sobre el que gargareaba en forma de disco el Quinteto en la mayor, llamado La Trucha, de Schubert. En seguida no sabrá cómo su optimismo traspone vetustas marañas de imperceptibles neurosis, que al desaparecer momentáneamente dejan el espíritu dispuesto a una sonrisa tan espontánea como lo deseó en las tabernas de Viena, entre copa y síncopa, el citado Schubert.

Siguiendo el atajo norte llegará en un santiamén a las goteras de la ciudad. Valientemente decidirá no visitar *La marmota sorda* en donde suele beber vasos rebosantes de ginebra y cambiar palabras cordiales con tipos que su esposa, remilgada y romántica, dice que degradan su persona. Tampoco visitará al párroco, su tío, a quien suele azorar con su tardío pero acérrimo liberalismo al estilo del conde de Volney, momentos antes de que el *seráfico* como lo llama lo adormezca leyéndole a la recíproca libros achacosos. Lo que usted desea esa oscurísima noche es sólo llegar a casa. Beber *liberfraumilch* y escuchar música al tiempo que su esposa, frígida de necesidad, sonríe al tautologizar, palabra suya, con evidente coquetería *¡Ah ya viniste!* y usted se apoltrona en el sillón *que sólo le falta hablar* de vieja fabricación danesa, enciende la pipa de caracol calzándose las pantuflas en espera de que ella deposite en



su mano el sabio texto de Alfred North Whitehead, en cuya lectura descansará el resto de la velada, quedando todo en paz con Dios y con la cultura.

Algo desusado rompe el orden de los sucesos previstos. Heladio (con hache) le impide entrar en su vieja y hermosa casa mediante gruñidos amenazadores primero y golpes bien dirigidos al bajo vientre después. Acto seguido doña Emelina le arroja la gran puerta ferrosa en las narices; el alharaquiento clarinetista ha llamado a la policía viendo que usted logró colocarse en la casa por cuyas escaleras, pasillos y azoteas empinadas corretea con riesgo de caer y romperse la crisma.

Y claro, la policía por no hacer mudanza en la costumbre terminará aprehendiendo a quien no debería. Lo aferrarán y caerán sobre su cara muchos ojos enrojecidos, todo enmarcado por un coro de voces que pide se le imponga un castigo ejemplar. A estas alturas habrá declamado sus títulos académicos, sus nombres y apellidos, y confesado que desde hace treinta años vive en el edificio que *es mi casa*, y que aunque las apariencias indiquen lo contrario *soy amigo de los presentes*. Como nadie creará sus palabras rogará al principio, exigirá a gritos y a continuación la presencia de su mujer. Peor para usted. Ella con ojos arrasados en lágrimas, vestida con largos velos negros, cascada de luto despeñada

de la cabeza a los pies, dirá no conocerlo; ni siquiera lo observará dos veces de seguida llevada por la curiosidad que omite, por la malicia que esconde, por el recuerdo imborrable del esposo perdido que sugiere.

La actitud de Argos, su viejo perro de aguas resulta atroz, porque después de olfatearlo gruñirá como Heladio (con hache) con evidentes deseos de morderlo. ¿La cárcel? En efecto, hacia acá el camastro de madera sin tallar, hacia allá el plato con sobras de comida. No le asignan compañero de celda; los guardias omiten dirigirle la palabra, más bien lo observan con balbuciente impersonalidad. El defensor de oficio lo entrevista sólo una vez. Lo riñe furioso en lengua ininteligible porque usted porfía en que su nombre *es su nombre* y no otro diferente al que le menciona una, dos, mil veces, llevando las cosas a la más extrema irritabilidad al demandarle mediante la torpe labor de un traductor idiota que confiese plenamente *otros* delitos, y de pasada reconozca la validez de los cargos que le formulan ahora. Se opone a todo mareado por la incomprensión y el agobio.

Pasarán largos meses. El jurado lo hallará culpable y así, burla burlando, deberá morir a corto plazo en la horca.

La víspera del gran final escuchará durante la noche martillazos dados por obreros en la armazón arbórea del patíbulo; ruidos



infernales en su oído habituado a filomela, que no le evitan sin duda por ser parte del castigo. La madrugada, no a fuerza fría y gris. Un grupo de hombres vistiendo trajes blancos y guantes cafés, lo sacarán del fondo de su pestilente mazmorra. Nadie pondrá en sus labios un cigarrillo encendido. Nadie le obsequiará el simbólico vaso de licor, agua, el pañuelo con hojas de olor, la mariposa bordada, la oración ocre del otoño maligno. Nadie te dirigirá palabras afectuosas. El llanto más que real imaginario de ancianas doncellas. Nada. Nada. Todos rehuyen tu contacto.

Atraviesas a pie en toda su extensión el pueblo y mientras caminas desahuciado el pregonero proclama en lengua inexplicable cuestiones patéticas con tanto sentido de la persuasión que tú mismo te conmueves como si vieses de pronto sin escucharle palabra a sir Lawrence Olivier recitar con su mejor dicción pero sólo figurada mediante los gestos más adecuados a la mímica prosódica el parlamento que dirige el homicida Macbeth a su hiena familiar al declararle haber asesinado el sueño en la persona del rey Duncan después de apuñalarlo. Al final de una avenida bordeada de postes con banderolas ebrias, descubres el cadalso. Miras al verdugo sin careta que le oculte las facciones. Al llegar al árbol del suplicio pretenderás decir algo, gritarlo, aullarlo, defecarlo, qué sé yo; pero no te lo permitirán. Sutilmente quedarás pronto a merced del viejo de las manazas de hierro. Te colocará la soga. Tu tío, el párroco, te observará a lo lejos, con indiferencia. Se descorrerá la trampa. Caerás al vacío. El ayudante del verdugo, mocetón de más de cien kilogramos de peso, diligente se colgará de tus piernas a fin de apresurar la asfixia en caso de que te hubiera quedado un resto de resuello en el gáznate. ¡Y ya! Pasadas las horas alguien reclamará tu cadáver en la morgue. Las introvertidas autoridades del municipio mediante el acta de rigor lo entregarán en calidad de donación hecha por la alcaldía de la ciudad.

Ahora toma nota. No pierdas palabra.

El buen samaritano te vestirá ropas iguales en todo a las del hombre que hallaste en el fondo del río, cuestión lógica que debiste tomar en cuenta al plantear los términos de la antinomia existente en la cuarta proposición que, como tu ejecución lo demuestra, no supiste resolver.

El compasivo personaje arrojará tus restos en el mismo río convencido de que pasadas pocas horas un desalertado extraerá del fondo de las aguas el cadáver de un desconocido, con quien también cambiará sus ropas al influjo quizás de la música delicadamente imperfecta de Franz Schubert.

¿Está claro? A usted, a ti, a mí, a todos, podría ocurrirnos una contingencia parecida. ¿Quién podría negar lo contrario; y en su caso afirmarlo?